

OPCIÓN A

A.1

En este fragmento de las *Meditaciones metafísicas*, René Descartes expone uno de sus argumentos principales para demostrar la existencia de Dios, partiendo del análisis de la idea de Dios que encuentra en su propia mente.

La primera idea fundamental es que por “Dios” entiende una substancia infinita, eterna, inmutable, independiente, omnisciente y omnipotente, es decir, un ser perfecto en todos los sentidos. Esta definición recoge las características tradicionales del Dios teísta, tal como se concibe en la filosofía y teología cristianas.

A partir de aquí, Descartes se pregunta si una idea tan perfecta podría haber sido creada por él mismo. Como ser finito e imperfecto, considera que no puede ser el autor de una idea de perfección infinita, ya que lo menor (lo finito) no puede dar lugar a lo mayor (lo infinito). De ahí surge la segunda idea fundamental: la idea de Dios no puede proceder del propio Descartes, sino que tiene que haber sido puesta en él por una substancia que realmente posea esas perfecciones, es decir, por Dios mismo.

Esto nos lleva a la tercera idea clave: si tiene en su mente la idea de un ser perfecto y no pudo habérsela inventado, entonces Dios necesariamente existe. Esta es la base del llamado argumento causal de la existencia de Dios: la causa de una idea debe tener al menos tanta realidad como su contenido, y como la idea de Dios contiene una realidad infinita, su causa debe ser un ser realmente infinito.

Además, Descartes relaciona esta demostración con su teoría del conocimiento: al haber dudado de todo, busca una verdad indudable (el *cogito*) y, desde ahí, reconstruye el conocimiento. Para él, la existencia de Dios es fundamental porque garantiza la veracidad del entendimiento humano. Si Dios es perfecto, no puede engañarnos, y por tanto podemos confiar en nuestras ideas claras y distintas.

En resumen, las ideas fundamentales del texto son:

1. La definición de Dios como ser perfecto.
2. La imposibilidad de que una mente finita (como la de Descartes) produzca por sí sola la idea de infinitud.
3. La conclusión de que la existencia de Dios es necesaria como causa de dicha idea.

Estas ideas se relacionan en un razonamiento causal, en el que el contenido de una idea lleva a afirmar la existencia real de su causa. La

existencia de Dios se convierte, así, en un pilar fundamental dentro del sistema filosófico cartesiano.

A.2

Platón (427-347 a. C.), uno de los filósofos más importantes de la Antigüedad, abordó de forma profunda el problema del conocimiento y la naturaleza de la realidad. Su pensamiento se desarrolla en diálogo y contraposición con los sofistas y con su maestro Sócrates. Frente al relativismo sofista, que defendía que no existe una verdad absoluta, Platón sostiene que sí es posible alcanzar un conocimiento verdadero, pero no a través de los sentidos, sino por medio de la razón.

Para explicar su teoría del conocimiento y la realidad, Platón plantea una distinción fundamental entre dos mundos: el mundo sensible y el mundo inteligible.

El mundo sensible es el que percibimos mediante los sentidos. Está compuesto por cosas materiales, cambiantes y perecederas. Por ello, el conocimiento que obtenemos de este mundo no es fiable: solo nos ofrece opiniones (*doxa*), no certezas.

En cambio, el mundo inteligible o mundo de las Ideas o Formas es eterno, inmutable y perfecto. Está compuesto por las esencias puras de las cosas. Por ejemplo, mientras que en el mundo sensible existen muchos objetos bellos, todos participan de la Idea de Belleza en sí misma, que es perfecta y no cambia. Lo mismo ocurre con la Justicia, el Bien, la Igualdad, etc. Solo mediante la razón podemos acceder a este mundo y alcanzar el verdadero conocimiento, que Platón llama episteme.

Platón utiliza el mito de la caverna para ilustrar su teoría del conocimiento. En este mito, unos prisioneros están encerrados desde su nacimiento en una caverna, atados de modo que solo pueden ver sombras proyectadas en la pared. Esas sombras representan el mundo sensible: una realidad aparente, engañosa e incompleta. Uno de los prisioneros logra liberarse y salir al exterior. Al principio, la luz del sol (la verdad) lo deslumbra, pero poco a poco se acostumbra y descubre el mundo real: las cosas verdaderas, las Ideas. Finalmente, contempla el Sol, que representa la Idea del Bien, el principio supremo del conocimiento y del ser.

Este proceso simboliza el camino que debe recorrer el alma para alcanzar el conocimiento verdadero: desde las sombras de la opinión hasta la luz de la verdad racional. Para Platón, conocer es recordar (*anamnesis*), ya que el alma, inmortal y preexistente al cuerpo, ha contemplado las Ideas antes de encarnarse. A través del ejercicio filosófico, el alma puede volver a conectar con esas Ideas.

Así, Platón concibe una realidad dual: el mundo visible y el mundo inteligible. Esta división también implica una jerarquía del conocimiento, que va desde la imaginación hasta la comprensión racional. Solo cuando el alma se libera de los sentidos y se orienta hacia lo inteligible puede alcanzar la verdad.

En conclusión, Platón defiende que el conocimiento verdadero no puede basarse en los sentidos, que nos muestran una realidad cambiante e imperfecta. Solo mediante la razón podemos acceder a las Ideas eternas, que constituyen la auténtica realidad. Esta concepción influirá profundamente en toda la filosofía occidental posterior, especialmente en pensadores como San Agustín y en el racionalismo moderno.

A.3

David Hume (1711-1776), filósofo escocés ilustrado, es principalmente conocido por sus aportaciones a la teoría del conocimiento y la filosofía moral, pero también reflexionó profundamente sobre la sociedad y la política. Frente a las posturas racionalistas y contractualistas de autores como Hobbes, Locke o Rousseau, Hume ofrece una visión empirista e histórica de las instituciones políticas, basada en la observación de la experiencia humana y en el análisis del desarrollo social a lo largo del tiempo.

Para Hume, el origen de la sociedad y del gobierno no debe buscarse en un contrato original o en construcciones teóricas abstractas, sino en la evolución de las costumbres y la necesidad práctica de asegurar la convivencia y el orden. En sus obras, como *Ensayos políticos* y *Tratado de la naturaleza humana*, sostiene que el ser humano es un ser social por naturaleza, pero también limitado por sus pasiones y deseos. Por eso, necesita vivir en comunidad y establecer reglas de justicia y propiedad que permitan la cooperación.

A diferencia de Locke o Rousseau, Hume niega que haya existido un contrato social histórico. Considera que las instituciones políticas surgen gradualmente y se consolidan cuando resultan útiles para la sociedad. En este sentido, la legitimidad del poder no proviene de un acuerdo formal, sino de su capacidad para garantizar la estabilidad, la seguridad y el bienestar de la población. Lo que mantiene unida a una sociedad no es tanto la razón o el consentimiento explícito, sino la costumbre, la utilidad y los sentimientos morales compartidos.

En política, Hume es un pensador moderado y pragmático. Defiende un sistema de gobierno mixto, donde el poder esté limitado y equilibrado, y rechaza tanto el absolutismo como las revoluciones violentas. Cree en el progreso lento de las instituciones y valora la tradición como base de la estabilidad social. Al igual que otros ilustrados británicos, apoya la monarquía parlamentaria, como la que se había consolidado en Inglaterra tras la Revolución Gloriosa de 1688.

Hume también tiene una visión crítica del papel de la religión en la política. Sostiene que el fanatismo religioso ha sido fuente de conflictos y que el poder civil debe mantenerse separado de la influencia de las iglesias. Aboga por una sociedad basada en la tolerancia, la libertad civil y el pluralismo, pero insiste en que estos valores deben surgir de la experiencia histórica, no de teorías abstractas.

En conclusión, David Hume ofrece una concepción de la sociedad y la política basada en la experiencia, la costumbre y la utilidad, más que en principios racionales o contractuales. Su pensamiento representa una alternativa empirista al racionalismo político moderno y una defensa del equilibrio entre tradición y progreso, elementos fundamentales para el desarrollo del pensamiento político liberal posterior.

A.4

Uno de los autores más influyentes en el pensamiento ético de la época contemporánea es Immanuel Kant (1724–1804). Aunque vivió en el siglo XVIII, su filosofía marca el inicio de la ética contemporánea, ya que rompe con las concepciones anteriores (tanto racionalistas como empiristas) y propone una moral basada en la razón, la autonomía y el deber.

Para Kant, la moral no puede depender de la experiencia ni de las consecuencias de los actos, porque estas varían y no pueden establecer principios universales. En cambio, la moralidad debe basarse en la razón práctica, es decir, en la capacidad que tienen los seres humanos de establecer leyes morales por sí mismos, actuando libre y racionalmente. En este sentido, el ser humano es autónomo: no necesita normas externas (como mandatos religiosos o leyes impuestas) para saber qué debe hacer, sino que puede descubrir por sí mismo los principios morales mediante el uso de la razón.

El núcleo de la ética kantiana es el imperativo categórico, una fórmula racional que permite saber si una acción es moral. Su formulación principal dice:

“Obra solo según aquella máxima por la cual puedas querer que se convierta, al mismo tiempo, en ley universal.”

Esto significa que una acción es moral si puede aplicarse a todos sin contradicción. Por ejemplo, si uno miente, no podría desear que todos mintieran, porque eso destruiría la confianza y haría imposible la comunicación. Por tanto, mentir sería inmoral. Kant también formula el imperativo categórico de otra manera:

“Obra de tal modo que trates a la humanidad, tanto en tu persona como en la de cualquier otro, siempre como un fin y nunca como un mero medio.”

Esta formulación expresa el principio del respeto a la dignidad humana: no debemos usar a los demás como simples instrumentos para lograr nuestros fines, sino reconocer en ellos su valor como personas racionales y libres.

Para Kant, una acción solo tiene verdadero valor moral si se hace por deber, es decir, porque se reconoce racionalmente que es lo correcto, aunque no resulte agradable ni beneficioso. Si se actúa movido por intereses personales, inclinaciones o consecuencias, aunque el resultado sea positivo, la acción no tiene valor moral.

En conclusión, Kant propone una ética formal, universal y autónoma, en la que la moralidad depende de la buena voluntad del sujeto, su capacidad de razonar y su respeto al deber. Esta concepción ha sido muy influyente en el desarrollo de la ética contemporánea, en la formulación de los derechos humanos y en muchas teorías morales actuales centradas en la libertad y la dignidad de la persona.

OPCIÓN B

B.1

En este fragmento de *La ideología alemana*, Karl Marx expone una de las ideas centrales de su pensamiento: la concepción materialista de la historia, según la cual las luchas políticas e ideológicas son en realidad manifestaciones de conflictos económicos y sociales más profundos, especialmente la lucha de clases.

La primera idea fundamental del texto es que los conflictos políticos que se dan dentro del Estado (por ejemplo, entre democracia, aristocracia y monarquía, o sobre el derecho al sufragio) no son luchas auténticas por ideas, sino formas aparentes o “ilusorias” de una lucha más real: la que enfrentan las clases sociales por el control de los medios de producción y el poder.

La segunda idea clave es que toda clase social que quiera llegar al poder — incluida la clase trabajadora o proletariado — debe conquistar el poder político. Aunque el objetivo del proletariado no es solo sustituir a otra clase dominante, sino abolir el sistema de clases por completo, Marx reconoce que este proceso comienza necesariamente por una toma del poder.

La tercera idea es que, en ese proceso, la clase que asciende debe presentar su interés particular como si fuera el interés general. Esto ya lo habrían hecho otras

clases dominantes en la historia (como la burguesía), y el proletariado también debe hacerlo en un primer momento para lograr su objetivo revolucionario.

Estas ideas están profundamente conectadas y expresan el materialismo histórico de Marx: la historia humana es, en el fondo, la historia de la lucha de clases. Las instituciones políticas, jurídicas o ideológicas no tienen autonomía, sino que reflejan y ocultan los conflictos económicos y sociales reales. Las ideas dominantes en cada época son las ideas de la clase dominante.

Así, la lucha política no es más que una manifestación superficial de una lucha económica estructural, y la transformación de la sociedad pasa por un cambio en las relaciones de producción, lo que implica inevitablemente la toma del poder político por la clase revolucionaria.

En conclusión, el texto defiende que las luchas políticas visibles son una forma disfrazada de luchas de clase, que el proletariado debe conquistar el poder político para transformar la sociedad, y que toda clase dominante presenta su interés particular como si fuera el interés general. Estas ideas se relacionan en el marco del análisis marxista de la historia como una lucha entre clases sociales, donde el poder político es una herramienta clave en el conflicto por el control económico.

B.2

Uno de los filósofos más influyentes de la Edad Media en el ámbito de la sociedad y la política fue San Agustín de Hipona (354–430). Su pensamiento combina la herencia del platonismo con los principios del cristianismo, y ofrece una visión profundamente teológica de la historia, la sociedad y el poder político.

El problema central que aborda San Agustín es el del origen y sentido de la sociedad y del poder político, en relación con la condición moral del ser humano. En su obra más importante, *La Ciudad de Dios*, elabora una interpretación de la historia y de la sociedad basada en la existencia de dos grandes comunidades: la Ciudad de Dios (*civitas Dei*) y la Ciudad terrena (*civitas terrena*).

La Ciudad de Dios está formada por aquellos que viven según la voluntad de Dios, guiados por el amor a lo eterno y a los valores espirituales. Representa la comunidad ideal, basada en la justicia y orientada hacia la salvación. En cambio, la Ciudad terrena está compuesta por los que viven según el amor propio y los deseos materiales. Representa una sociedad centrada en el poder, el orgullo y los bienes temporales.

Para San Agustín, ambas ciudades coexisten en la historia y se entrelazan, pero tienen fines distintos. La Ciudad terrena busca el orden temporal, mientras que la Ciudad de Dios busca el bien eterno. La sociedad política, por tanto, pertenece a

la Ciudad terrena, y aunque está afectada por el pecado original, tiene una función positiva: mantener el orden y frenar la maldad humana. Por ello, el poder político es necesario, pero debe ejercerse con justicia y subordinado a la ley divina.

En este sentido, San Agustín no rechaza la política, pero afirma que la autoridad solo es legítima si actúa conforme a la voluntad de Dios. Una sociedad justa es aquella en la que se respeta el orden querido por Dios y en la que el poder se ejerce con humildad y servicio. Si el poder es injusto, deja de ser verdadero poder y se convierte en dominación (*latrocinium*, un saqueo organizado).

En conclusión, San Agustín plantea que el poder político es necesario para contener el desorden derivado del pecado, pero solo es legítimo si se orienta al bien común y está subordinado a Dios. Su visión dualista de la sociedad, dividida entre lo temporal y lo eterno, influirá profundamente en el pensamiento político medieval y en la concepción cristiana del orden social

B.3

En la época moderna, uno de los filósofos que más influyó en el planteamiento del problema de la ética fue Thomas Hobbes (1588-1679). Hobbes aborda la ética desde una perspectiva materialista y racionalista, vinculando la moral con la naturaleza humana y la necesidad de un orden social fuerte.

Para Hobbes, en su obra *Leviatán*, la condición natural del ser humano es un estado de guerra de todos contra todos (*bellum omnium contra omnes*), en el que la vida es “solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta”. En este estado de naturaleza no existen la justicia ni la injusticia, porque no hay leyes ni autoridad que las establezca.

El problema central de la ética, según Hobbes, consiste en cómo se puede pasar de ese estado de naturaleza caótico a una sociedad ordenada. La moral no es algo innato ni una ley divina, sino un convenio social, un conjunto de leyes naturales que los individuos acuerdan para preservar la vida y la paz.

Estas leyes naturales incluyen buscar la paz, ceder parte de la libertad individual y respetar los pactos y contratos que aseguran la convivencia. Así, la moralidad surge como un instrumento racional para evitar el conflicto y garantizar la seguridad.

Para que esta ética funcione, debe existir un poder soberano absoluto, el Estado o Leviatán, que imponga y garantice el cumplimiento de las leyes. Sin un poder central fuerte, los hombres volverían al estado de guerra y la moral carecería de sentido.

En resumen, Hobbes plantea que la ética no es un ideal abstracto, sino un instrumento práctico para organizar la convivencia humana. La moral surge del

miedo a la muerte violenta y del deseo de paz, y su cumplimiento depende del poder político que garantice el orden.

B.4

Hannah Arendt (1906–1975) fue una filósofa política cuya reflexión sobre el conocimiento y la realidad está estrechamente vinculada a la experiencia histórica del totalitarismo y la crisis de la verdad en la modernidad. Su obra más destacada sobre este tema se encuentra en *La banalidad del mal* y en ensayos sobre la verdad y la política.

Arendt plantea que el conocimiento no es un mero problema teórico o epistemológico, sino que tiene un aspecto fundamentalmente político y social, ya que la realidad es algo que se construye y sostiene a través del consenso en el espacio público. Para ella, la verdad factual —los hechos— es la base sobre la que se edifica la realidad común compartida por una comunidad. Sin hechos verificables, no hay realidad política posible.

El problema que Arendt denuncia es que, en los regímenes totalitarios y en la sociedad contemporánea, la verdad factual puede ser destruida mediante la propaganda, la mentira sistemática y la manipulación de la información. Cuando la mentira organizada se impone, se crea una “realidad alternativa”, una especie de ficción que distorsiona la percepción colectiva y desarma a la sociedad, porque sin un mundo común de hechos, desaparece la base para el diálogo, el debate y la convivencia democrática.

Arendt distingue dos tipos de verdad:

- La verdad científica o factual, basada en hechos objetivos y verificables.
- La verdad política, que está ligada a interpretaciones y narrativas, y es más vulnerable a la manipulación.

En las sociedades modernas, la distinción entre ambas verdades se borra o se usa para manipular, generando confusión y relativismo, que socavan el conocimiento verdadero.

Además, para Arendt, la acción humana en el espacio público es crucial para la construcción de la realidad. A través del lenguaje y el diálogo entre individuos, se reconoce la existencia de los hechos y se sostiene el mundo común. Por ello, la verdad no es solo una cuestión privada o individual, sino un fenómeno público que depende de la interacción social y del compromiso con la realidad compartida.

En resumen, el problema del conocimiento en Arendt está estrechamente vinculado a la crisis política y social: la pérdida de la realidad común y la verdad



www.academianuevofuturo.com Teléfono: 914744569

C/ Fernando Poo 5 Madrid (Metro Delicias o Embajadores)

C/ Nuestra Señora de Guadalupe 19 Madrid (Metro Ventas o Diego de León)



factual pone en peligro la democracia, la libertad y la convivencia humana. Sin un compromiso con los hechos y la verdad, la realidad se fragmenta y la sociedad se desintegra.

Así, Hannah Arendt aporta una reflexión fundamental sobre la relación entre la verdad, el conocimiento y la política, mostrando cómo la manipulación de la realidad puede ser una herramienta poderosa de control y dominación, y defendiendo la importancia de la verdad factual para mantener un espacio público auténtico y una comunidad política saludable.

www.academianuevofuturo.com
Teléfono: 914744569